

El egipcio en busca de la eternidad. Evolución en el concepto de la muerte en el Egipto antiguo

Marco Antonio Salgado Pérez
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

RESUMEN

La incertidumbre tras la muerte del ser humano ha generado un sinfín de creencias entre las culturas antiguas y actuales. Estas creencias no son estáticas y su evolución suele ser reflejo de la vida cotidiana. La cultura del antiguo Egipto no escapa a esta teoría, donde la importancia de la muerte es conocida tanto por sus pirámides, que tenían la función de tumbas, como por la momificación de los cadáveres. Pese a ser un elemento siempre presente, la concepción de la muerte experimentó un cambio notable entre las etapas del Reino Antiguo (dinastías III a VI) y el Reino Medio (dinastía XII). Tanto en el plano terrenal como en el ideológico la muerte es consecuencia de la vida, y en la cultura del Nilo resulta aún más evidente por la adulación a la misma. El objetivo de todo egipcio era la continuidad de la vida en la muerte, aunque la forma de merecerla fue distinta en cada periodo.

Palabras clave: Egipto, muerte, cultura egipcia, escatología.

ABSTRACT

Human uncertainty in the face of death has led to countless beliefs among ancient and modern-day cultures. These beliefs are not static and their evolution tends to be a reflection of daily life. The culture of ancient Egypt was no exception to the rule, where the importance of death is well known from Egyptian pyramids, the function of their tombs, not to mention the mummification of corpses. Even though death was ever present, the conception of it underwent a radical change between the time of the Ancient Kingdom (dynasties III to VI) and the Middle Kingdom (dynasty XII). Both on the earthly plane and the ideological one, death was the consequence of life, and in Nile culture this is even more evident in the adulation of it. The objective of all Egyptians was the continuity of life in death, although the way of meriting it differed in each period.

Keywords: Egypt, death, Egyptian culture, eschatology.

La muerte ha sido objeto de ritos, leyendas, culto, aspiraciones y temores. Ya sea como continuidad, como castigo o como recompensa, es un elemento ideológico-sentimental presente en todas las culturas y seguramente en todo ser humano consciente de su existencia. Las creencias en que la muerte desemboca no son estáticas y su evolución es por lo general un reflejo de una misma evolución en la vida cotidiana. En este aspecto, la cultura del Egipto antiguo no escapa a esta teoría.

La importancia de la muerte en Egipto es evidente y bien conocida, tanto por sus pirámides, que tenían la función de tumbas, como por la momificación de los cadáveres. Sin embargo, a pesar de ser un elemento siempre presente, la concepción de la muerte tuvo un gran cambio en las etapas del Reino Antiguo (dinastías III a VI) al Reino Medio (dinastía XII).

Es obvio que los ritos funerarios tuvieron cambios previos y se continuaron transformando de manera constante; sin embargo, al enfocarnos en estos periodos podemos dar las fechas aproximadas de 2575 a.C. como inicio del estudio –fecha del comienzo del Reino Antiguo– y entre 2040 y 1640 a.C. como fecha final –inicio y final del Reino Medio–, lo cual nos situaría en un lapso aproximado de entre 500 y 900 años para la consolidación en los cambios de la concepción de la muerte y los ritos derivados.

Por otro lado, estos cambios son producto de la transformación de la realidad vivida, por lo que se generarían a partir de un periodo de transición que los académicos han denominado Primer Periodo Intermedio, fechada entre 2134 y 2040 a.C., con dinastías y faraones difícilmente identificables.

Cabe destacar que si bien las fuentes que tocan el tema de la muerte no son escasas para la época a estudiar, siempre es difícil y peligroso tratar las concepciones de la muerte, de la cual la religión puede erigir un discurso y la población otro; y, como población, cada individuo puede tener su propia forma de interpretarla, la cual puede ir evolucionando en el individuo según sus experiencias o análisis. Por supuesto, esto último no queda plasmado en las fuentes, por lo que habrá que jugar con cierta interpretación.

Sumado a lo anterior, resulta necesario anotar que la mentalidad egipcia antigua era de carácter sincrético y pragmático, tal como la describe Jean Yoyotte (2005: 13): “La ‘diversidad de aproximaciones’ no deja de ser por ello el antiguo rasgo de la mentalidad que permitiría la elaboración de un sincretismo sin que el egipcio se haya sentido molesto por lo que a nosotros nos parecen contradicciones absurdas”.

Concepción original de la muerte

El Reino Antiguo es considerado como la época “clásica” de Egipto, el periodo de mayor esplendor, de mayor progreso, cuando el poder real tuvo su auge centralizador y se realizaron las mayores obras artísticas y arquitectónicas. Prueba de esto son las tumbas. Todas aquellas majestuosas pirámides que nos vienen a la mente al pensar en esa civilización son muestra de la prosperidad del periodo y de la importancia de la muerte, ya que eran las tumbas de los faraones.

En una etapa en que los faraones ostentaban todos los lujos y privilegios posibles, también los privilegios funerarios y en el más allá eran exclusivos de ellos. Las tumbas eran construidas mayoritariamente en torno a Menfis, la capital, como se observa en las necrópolis de Saqqara y Giza, una muestra más del centralismo faraónico. Estas tumbas eran construidas para la eternidad, ya que serían el albergue del cuerpo y alma del difunto. En este sentido, los egipcios “creían que la otra vida era un calco exacto de la vida terrestre” (Drioton y Vandier, 1981: 162), por lo que se le daban todas las atenciones al difunto. De entrada, se intentaba evitar la descomposición natural del cuerpo, por lo que se realizaba un proceso de embalsamamiento que dio origen a las famosas momias. El cuerpo debía seguir siendo la morada del alma o *ba*. Para esto se llevaba a cabo una ceremonia conocida como “ritual de ofrendas”, un ritual que más tarde sería conocido como la “apertura de la boca”, con lo que se permitía al alma regresar al cuerpo.

Asimismo, el faraón era considerado un dios, por lo general identificado en vida con Horus, hijo de Osiris. Al morir el faraón, también considerado hijo del Sol en sus múltiples representaciones (Ra, Amón), tenía que seguir el mismo camino del astro: adentrarse en el cielo (la diosa Nutt), cruzar el inframundo en su barca protegido por el dios Seth, para finalmente revivir al día siguiente. Este viaje faraónico-solar es comparado con la muerte: “Los egipcios antiguos veían en el curso del sol la referencia visible de su propio camino personal, sacando de ahí la esperanza en una supervivencia después de la muerte misma. En este mundo empieza ya el camino que conduce al más allá; la muerte no es un final horroroso” (Lurker, 1992: 234).

Sin embargo, este destino de eternidad era exclusivo del faraón, quien en un principio era el único que podía descansar eternamente en las pirámides. Este privilegio se fue transmitiendo en ese histórico primero a la reina y luego a la familia real, por lo cual las pirámides de éstos se hallaban en torno a las del faraón, lo cual no parece extraño en vista de que la divinidad del faraón se extendía a su propia sangre. Lo que sí llama la atención es la forma en que los “no dioses” conseguían adentrarse en esta

eternidad tan anhelada. Debido a que la muerte se consideraba una continuación de la vida, para la existencia en el más allá del faraón era necesario que llevara consigo a la corte que lo rodeaba para su servicio, por lo cual a esta nobleza se le permitía construir sus tumbas en el área sagrada del panteón real. Estas pequeñas tumbas cuadrangulares eran conocidas como “mastabas”, y en el sentido de ganarse la eternidad, “la suerte del noble en la vida y en la muerte no estaba íntimamente unida a él personalmente, sino que dependía del favor de un dios o del rey-dios” (Wilson, 1974: 135). Esto quiere decir que si bien un noble por sí mismo no podía conseguir la eternidad, un medio para lograrlo era hacer los servicios necesarios para el faraón, de modo que éste lo llevara como acompañante al más allá.

Tanto en planos de Giza como de Saqqara es evidente la cercanía de las pequeñas mastabas a las tumbas reales. Esto también es perceptible en los “textos de las pirámides”, que son inscripciones realizadas en las paredes de las mastabas nobiliarias. En éstas se percibe constantemente la adulación al faraón. Por ejemplo, en inscripciones de la tumbas de Hetep-her-akhhet, un oficial de la V dinastía, y de Ni-hebsed-pepi, se leen frases como: “Realicé esta tumba porque fui honrado por el faraón quien me obsequió un sarcófago” o “Una ofrenda que el faraón otorga” (*apud* Lichtheim, 1975: 16).¹

De igual manera surgirían las denominadas “autobiografías” en los “textos de las pirámides”, que dedicaban todos sus logros al favor del faraón. Por ejemplo, la autobiografía en la tumba de Weni dice: “[Actué] en nombre del faraón [...] porque su corazón se llenaba conmigo más que con cualquier otro oficial, más que con cualquier otro noble, que cualquier sirviente suyo [...] me obsequió un sarcófago de piedra blanca [...] Yo fui amado por su padre, bendecido por su madre, agraciado por sus hermanos. El recuento, verdadero gobernador del Alto Egipto, honrado por Osiris, Weni” (*ibidem*: 19-22). Al parecer, Weni escaló hasta convertirse en gobernador del Alto Egipto, todo lo cual se lo atribuye al faraón.

Una vez comprobada la eternidad reservada para el faraón y la posibilidad de alcanzarla para los nobles, cabe preguntarnos qué pasaba con las clases populares. Si bien se afirma que “ningún pueblo tuvo para con los muertos más religiosa solicitud. En ninguna parte la noción de la muerte ocupó más la mente” (Fare, 1964: 43), sería imposible pensar que pasó inadvertida para las clases populares. Sin embargo, nuestro conocimiento del fenómeno es bastante escaso ante la falta de fuentes. Quizá el anhelo de eternidad parecería obligado, aunque si consideramos a la muerte como

¹ Las traducciones del inglés son mías.

continuidad de la existencia sería pertinente cuestionar qué tan apegados estaban los egipcios comunes y corrientes a la vida como para desear perpetuarla. Dejando de lado que cada individuo puede tener su propia felicidad o apatía en términos vitales, por lo general hay diversas opiniones al respecto entre los autores.

Por un lado, estudiosos como John A. Wilson conciben la vida egipcia de manera bastante optimista, quizá al grado de idealizarla. Él describe la vida popular diciendo que “a pesar de todo, le gustaba reír y cantar. Mientras conducía al ganado a través del pantano, cantaba una cancioncilla dedicada al cocodrilo y a los peces [...] Mientras tiraba de una cuerda encorvando las espaldas, recitaba una especie de letanía con cadencias musicales propias para el esfuerzo en conjunto” (Wilson, 1974: 117). Este lado tan positivo de la vida es plausible considerando que el pueblo egipcio se asumía como el pueblo “elegido por los dioses” y, por lo tanto, su existencia no podía ser tan mala. En contraste, José Carlos Castañeda Reyes (2003: 93-98) expone unas formas de vida de las clases populares bastante deplorables, donde los campesinos y trabajadores sufrirían diversas enfermedades provocadas por una mala higiene y una mala alimentación, ya que se han encontrado esqueletos deformados por el esfuerzo. Bajo estas condiciones tan adversas, sería difícil imaginar que se quisiera perpetuar la existencia.

No obstante, la teoría que a su vez parece más correcta apunta a que las representaciones de las clases populares en las paredes de las mastabas quizá eran la forma, aunque remota, de que el noble extendiera a su vez algo de esa eternidad que el faraón le había extendido. Al respecto, Castañeda (*ibidem*: 88) afirma que “las condiciones de trabajo y vida de los grupos populares eran el contraste de la existencia de los nobles, incluso en el reino de los muertos”. De cualquier modo, estas condiciones cambiarían a la par de la situación social y política que se suscitó en el denominado Primer Periodo Intermedio.

Transición en la vida y la muerte

El periodo del Reino Antiguo egipcio fue el de mayor esplendor de esta cultura, cuando el poder del faraón era absoluto, lo cual se reflejaba en los ritos mortuorios. Sin embargo, paulatinamente fue decayendo junto con la autoridad central, hasta desembocar en una fase de caos y anarquía, por lo que se le ha denominado Primer Periodo Intermedio. Los problemas que llevaron a esto fueron una creciente independencia de la clase nobiliaria respecto del faraón, y muy probablemente un movimiento popular generalizado en el territorio egipcio.

Castañeda explica el estallido del movimiento popular con base en un momento de debilidad del poder real y de pérdida de los mecanismos de control y represión, de seguro originados por el desgaste excesivo de las fuerzas productivas del imperio en las magnas construcciones, un incremento en los servicios y tributos exigidos al pueblo, las deficientes condiciones de trabajo y de vida que se mencionaban anteriormente y quizás una fuerte hambruna como elemento detonante (*ibidem*: 63-64). Llama aquí la atención que todos estos cambios en la vida del egipcio se reflejaron en modificaciones en las costumbres funerarias y en la concepción misma de la vida.

Arquitectónicamente se puede identificar la independencia nobiliaria a través de las tumbas. Poco a poco las pirámides –tumbas reales– fueron reduciendo su tamaño, mientras que el de las mastabas aumentó. Los datos indican que entre la dinastía IV y la V se redujeron las dimensiones de las pirámides a la mitad, en la dinastía VI a una tercera parte, hasta que en la VII no se tiene ya registro de pirámides (Trigger, 1985: 119). Y no sólo fue cuestión de tamaño, ya que también se observa un alejamiento geográfico del faraón. Los nobles no sólo ampliaron las dimensiones de sus tumbas, sino que comenzaron a ubicarlas en las provincias que gobernaban y no en torno a la tumba real. Esto indica en gran medida que la eternidad ya no era exclusiva del faraón, pues los nobles también se atribuyeron ese privilegio. Si bien las inscripciones en las paredes funerarias se redujeron en gran medida, es posible mencionar algunas como prueba de la importancia que se les dio a los nobles y al poder regional y no nacional. No obstante, en algunos casos se puede encontrar una frase inicial en referencia al faraón: “Un ofrecimiento que el faraón otorga [y] Anubis, quien está sobre su montaña en el lugar del embalsamamiento, el señor de la necrópolis”. Lo anterior parecería una simple formalidad, ya que después se dejó de lado la figura faraónica. Por ejemplo, la tumba de Indi comienza con la frase anterior, para después hablar de la importancia de ser un buen guerrero y alguien amado, sin que se mencione una sola vez al faraón (Lichtheim, 1975: 84-85).

Asimismo, la autobiografía de Ankhtifi, sin mencionar al faraón, se enfoca en explicar cómo estableció la paz en Edfu, su “nomo” (distrito o provincia): una muestra de la importancia regional. Y en la estela de Butler Merer, tras sólo hacer una alusión inicial al faraón, se enfoca en la situación de su nomo con frases como: “Cuando el miedo arribaba en otro pueblo, este pueblo era bendecido” (*ibidem*: 87). Un tesorero de Imyotru vuelve a mencionar al faraón en la frase inicial para luego hablar de sus logros en su provincia “Fui un gran pilar en el nomo tebano, un hombre de pie en las tierras del sur. Yo nutrí Imyotru en tiempos de miseria” (*ibidem*: 89). Y así se podrían seguir mencionando ejemplos con prácticamente la misma tendencia.

Así, los “textos de las pirámides” comenzaron a escasear, si bien encontramos ejemplos como los anteriores. Se podría decir que la existencia de estos textos no desapareció, sino que cambió su soporte material. Durante esta etapa surgieron los denominados “textos de los sarcófagos”: básicamente inscripciones grabadas en los mismos que evocaban lo necesario para el difunto. Quizá este cambio de los textos de las paredes a los sarcófagos se debió a cierto temor a que la tumba fuera profanada por saqueadores o simplemente se abandona su culto, de modo que el difunto siguió gozando de sus necesidades en el sarcófago mismo. Como menciona Etienne Drioton (1981: 188), lo importante es que “esta difusión prueba, en todo caso, que la creencia en la divinización del difunto se había extendido por lo menos hasta la clase alta de la sociedad”.

Aquí cabe preguntarnos una vez más qué ocurría con las clases populares. Tal como se muestra una extensión del derecho a la eternidad y de los ritos funerarios por parte de los nobles, a su vez se entrevé una semejanza con las clases populares. Si bien en el Reino Antiguo los nobles debían acercarse a los faraones para que éste les garantizara su existencia en el más allá, en esta etapa tales privilegios se extendieron, ya que desde entonces fue posible ganarse la eternidad al hacerse necesario para el noble mismo, con lo cual también se incrementaron las posibilidades numéricas de lograrlo.

Existió asimismo una contraparte, más palpable a la felicidad del vivir y buscar esa continuidad en el más allá. Por tratarse de un periodo de caos e inestabilidad, se hizo evidente la violencia, el pillaje, la decadencia económica y un empeoramiento en el nivel de vida. Ante tal situación se habrían propuesto dos actitudes muy distintas en el pensar y sentir humano: por un lado se habla de una actitud de abandono voluntario y, por el otro, de un nuevo valor a la persona en aspectos de dignidad y justicia.

La actitud de abandono voluntario se refleja muy bien en la literatura: “Estos textos [...] buscaban una motivación, un autoexamen y una respuesta de selección moral de aquellos que los conocieran” (Castañeda, 2009: 56). El más grande ejemplo de este autoexamen por la deploración de la vida ante el caos y la anarquía es un poema conocido como *El diálogo de un desesperado*, el cual ocurre entre un hombre y su alma:

[...] Abrí entonces mi boca para mi *ba* [alma],
para responder a lo que había dicho,
mira, mi nombre es detestado,
mira, más que el hedor del excremento de las aves
[...] ¿A quién hablaré hoy?
Los hermanos son unos malvados,
y los amigos de hoy ya no aman.

Cada uno arrebató los bienes de su vecino,
la amabilidad ha muerto,
la violencia asalta a todos.
¿A quién hablaré hoy?
Se encuentra satisfacción en la maldad (Serrano, 1993: 273).

No cabe duda en cuanto al pesimismo, la tristeza y la agonía que demuestra el poema. Incluso parece comprenderse la aflicción en tiempos contemporáneos. Además, como el poema es anónimo, probablemente indique un sentimiento generalizado o una reflexión, más que el pesimismo de un ser en particular. Luego de más lamentaciones, el texto termina reflexionando sobre la muerte:

La muerte está hoy ante mí,
[como cuando] un hombre enfermo sana,
como salir afuera tras estar confinado.
La muerte está hoy ante mí
como la fragancia de la mirra,
como sentarse bajo un toldo un día de brisa.
[...] La muerte está hoy ante mí
como cuando un hombre desea ver el hogar
después de haber pasado muchos años en el cautiverio (*ibidem*: 274-275).

Se ha interpretado esta última parte como un planteamiento suicida. Y aunque no fuera así y se tratara de una persona anciana, moribunda o enferma en fase terminal que reflexiona sobre la muerte, el mensaje que transmite no deja de ser el mismo. Se muestra una vida vacía y sin sentido, donde el sufrimiento es la constante, al grado que convierte a la muerte en algo deseable: en una escapatoria para tal sufrimiento.

La otra actitud ante tal situación caótica es la creación de un nuevo valor para la persona como humano, indispensable para la transición en la muerte, y en los ritos funerarios se adquieren ciertos valores de equidad y justicia también comprobables en la literatura. El papiro *Instrucciones a Merikaré* sería el resultado de estos valores, donde se abordan las instrucciones del padre difunto a su hijo Merikaré, convertido en faraón, con consejos de igualdad y justicia: “Practica la justicia y perdurarás sobre la tierra. Apacigua al que llora, no oprimas a la viuda; no apartes a un hombre de las posesiones de su padre [...] No distingas entre el hijo de un hombre [bien nacido] y un plebeyo. Toma al hombre según sus habilidades; todas las artes prosperarán” (*ibidem*: 90-91).

Como hemos visto, la vida se refleja en las creencias acerca de la muerte o en los ritos funerarios, y el resultado de este cambio sería una exigencia de la sociedad en general de permitirse perdurar en el más allá: “Todo individuo parece reclamar el derecho a convertirse en un difunto glorificado” (Serrano, 1992: 18).

La eternidad para todo aquel que haya sido justo

La estabilidad regresaría a Egipto con la consolidación del poder faraónico, cuando una familia de nobles proveniente de Tebas se impuso al frente del Estado. Se inició así el periodo conocido como Reino Medio. Egipto regresó a una etapa de paz y estabilidad, con una economía reactivada. Si bien no se volvió a ver la magnificencia del Reino Antiguo, los nuevos faraones ejercieron una vez más cierto control sobre los nobles, aunque algo limitado.

Este relativo grado de autonomía conservado por los nobles se reflejó a su vez en los ritos funerarios, donde mantuvieron los privilegios de construir las mastabas en sus provincias. Asimismo, el pueblo no perdió el derecho de acceder a la eternidad, siempre y cuando tuviera los medios para pagarse los ritos y tumbas. De no ser así, lo más probable es que se empeñara en conseguir la eternidad mediante los ritos que se alcanzara a pagar con sus propios medios: “Los destinos solares cayeron dentro del derecho común. No formó parte de la política de los reyes restauradores del Imperio Medio reaccionar en el terreno religioso, y de este modo se consagró la usurpación” (Drioton, 1981: 79).

Para este periodo hubo de nuevo pirámides faraónicas, pero también grandes tumbas y capillas funerarias decoradas con ocupaciones y distracciones, juegos, festines, danzas, entre otros aspectos. Incluso se inauguró una nueva práctica funeraria, la cual consistía en erigir lápidas en los templos, aunque las tumbas se encontraran en otros lugares, al parecer como una forma de ganar más méritos ante la deidad o de encontrarse más cerca de aquélla.

Por ejemplo, en Abydos, en el santuario de Osiris, un sirviente llamado Inte erigió una estela donde hablaba sobre cómo fue un sirviente ideal, pero en ningún momento menciona al faraón (Lichtheim, 1975: 120-123). En ocasiones se recuperó el agradecimiento al gobernante, dependiendo acaso si había una relación directa o no con aquél. Así, por ejemplo, en la estela de Sehetep-ib-re éste enseñaba a su hijo la importancia del faraón: “El faraón es sustento [...] pelea por su nombre, respeta su juramento; luego estarás libre de traición” (*ibidem*: 128). Por su parte, la estela de

Ikhernufret se enfoca sobre todo en la realización del culto a Osiris, sin considerar al faraón (*ibidem*: 123-125).

El culto a Osiris no podía pasar inadvertido y en este periodo se popularizó en todo Egipto. Si bien antes ya existía el culto osiriano, sólo se practicaba en una región, pero con el ascenso de la dinastía tebana, a principios del Reino Medio, éste se expandió. El culto debe su éxito a la accesibilidad que daba al pueblo, por lo que es factible pensar que para cualquier egipcio representaba una ganancia adoptarlo. En relación con la muerte, planteaba que cuando alguien moría era llevado con esta deidad, ante el cual se hacía un juicio ayudado por los dioses Toht y Anubis. Allí se ponía en el extremo de una balanza el corazón, y en el otro el *ma'at*, representado por una pluma: el corazón simbolizaba las acciones del difunto y el *ma'at*, lo “correcto” o “lo que debe ser”. Si ambos pesaban lo mismo, el difunto había obrado bien y ganaba su entrada al reino de los muertos; de lo contrario, sería devorado por una bestia. Esto explica en parte que una en las autobiografías se esforzaba por exhibir sus más grandes logros y sus buenas acciones, lo cual obviamente no era una verdad absoluta.

Por último es pertinente decir que el culto a Osiris sería el paso final hacia la expansión de los ritos funerarios y de la percepción misma de la eternidad, donde cualquier persona, sin importar su origen o estatus social, podía actuar bien en la vida, enfrentar el juicio ante Osiris y conseguir la eternidad.

Conclusiones

Sin duda la concepción de la muerte es un reflejo de la manera en que se vive. Como se observó aquí, la manera de percibir la muerte es mutable, y en el caso del Egipto antiguo resulta bastante evidente. Quizá esta expansión de los ritos funerarios se perciba como un triunfo de los nobles, pero sobre todo de las clases populares, las cuales gozaron de un privilegio invaluable: la eternidad.

De igual forma sería difícil pensar cómo podrían echar atrás estos privilegios los gobernantes, pues de haberlo intentado las consecuencias habrían sido inimaginables. También es plausible que esta expansión de la eternidad haya servido como válvula de escape para el descontento social.

La muerte, elemento siempre acechante de todo ser vivo, no puede ser olvidada ni evadida. Sin embargo, en el caso egipcio —y en varios más— muestran como morir puede ser un beneficio. En opinión de este autor, en verdad es envidiable la concepción egipcia de la muerte como un paso hacia una felicidad eterna.

Bibliografía

- CASTAÑEDA REYES, José Carlos, “En torno a algunas obras literarias ‘pesimistas’ del Medio Oriente antiguo”, en *Reconstruyendo el pasado remoto. Estudios sobre el Próximo Oriente antiguo en homenaje a Jorge R. Silva Castillo*, Barcelona, AUSA, 2009, pp. 47-64.
- _____, *Sociedad antigua y respuesta popular. Movimientos sociales en Egipto antiguo*, México, Conacyt/UAM/Plaza y Valdés, 2003.
- DRIOTON, Etienne y Jacques VANDIER, *Historia de Egipto*, Buenos Aires, Eudeba, 1981.
- FARRE GARNOT, Jean Sainte, *La vida religiosa en el antiguo Egipto*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- LICHTHEIM, Miriam, *Ancient Egyptian Literature*, Berkeley, University of California Press, vol. 1, 1975.
- LURKER, Manfred, *El mensaje de los símbolos: mitos, culturas y religiones*, Barcelona, Herder, 1992.
- SERRANO DELGADO, José Miguel, *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid, Cátedra, 1993.
- _____, “Una época crítica en la historia de Egipto. El primer periodo intermedio (II)”, en *Revista de Arqueología*, núm. 140, 1992, pp. 8-18.
- TRIGGER, B.G., *Historia del Egipto antiguo*, Barcelona, Crítica, 1985.
- WILSON, John A., *La cultura egipcia*, México, FCE, 1974.
- YOYOTTE, Jean, “El pensamiento prefilosófico en Egipto”, en *El pensamiento prefilosófico y oriental*, México, Siglo XXI, 2005, pp. 10-29.